

purorelato

III CONCURSO
DE MICRORRELATOS
CASA ÁFRICA

Casa África

Alto Patronato

Presidencia de Honor
SS. MM. los Reyes Don Felipe y Doña Letizia

Consejo Rector

Presidencia
Excmo. Sr. D. José Manuel García-Margallo Marfil

Vicepresidencia
Excmo. Sr. D. Fernando Clavijo Batlle

Vocales
Ignacio Ybáñez Rubio, Gonzalo Robles Orozco, Manuel Gómez-Acebo
Rodríguez-Spiteri, Tomás Poveda Ortega, Patricia Hernández Gutiérrez,
Pedro Ortega Rodríguez, Augusto Hidalgo Macario

Director General
Luis Padrón López

Secretaria General
Arianne Hernández González

Gerente
José Luis Márquez Ocaña

Jefa del Área Mediateca y Web
Estefanía Calcines Pérez

Casa África es el consorcio de diplomacia pública al servicio de la acción exterior del Estado en el continente africano, que forma parte de la Red de Casas de la diplomacia pública española. Con sede en Las Palmas de Gran Canaria y creada en 2006, Casa África organiza actividades de carácter económico, así como en los ámbitos político, social, educativo y cultural, siempre con la intención de fomentar las relaciones a todos los niveles entre España y África. Los entes participantes de este consorcio público son el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), el Gobierno de Canarias y el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria.

*¡Ay del país que deja de
atender su parte de locura!*

BOUBACAR BORIS DIOP,
ESCRITOR SENEGALÉS

Índice

Prólogo.....	13
Introducción.....	15
Selección de microrrelatos y firmas invitadas.....	17
Furia.....	20
Horizonte de expectativas.....	23
Morfosintaxis.....	24
Leila.....	27
Despistes de Greenwich.....	28
Un segundo en África.....	29
Propiedades mágicas de los zumos.....	30
Los tiempos malditos.....	31
¡Nostalgia de guerra!.....	33
Islas.....	34
El niño en la cesta.....	35
Mujer de hombros bronceados.....	37
Artífice ambulante de tortillas.....	38
Mágico Luderitz.....	39
Abrazo Criollo.....	40
Dulce llanto.....	42
Enfocar la pobreza.....	43
Medicina occidental.....	44
Calurosas llamas.....	45
La espera.....	47
La nariz más famosa no existe.....	48
Camino de Regla.....	49
Hipotermia.....	50
La jaula de los leones.....	51
Calle de Maputo.....	52
La librería fosforescente.....	53
Corazón de Sabana.....	54
Los Zulueta.....	55
Bassam.....	57

Amadou en la casilla de salida	58
Éxodo	59
Polisemia.....	60
Atlas.....	61
La dama del bosque	62
Réquiem por Nkuati, el Viejo-Sol	63
Ujamaa	64
La muñeca rota	67
La máscara africana	68
Níger	69
Contemplación	70
África	71
¡África suena así!.....	72
Inmersión	73
Ahora que la vida se me escapa.....	74
Una vida en un segundo.....	75
Chefchaouen.....	76
De cómo la kora deconstruye la célebre leyenda de Mali Sadio.....	79
El miedo de Mareme.....	81
Requiescat in pace en Somalia.....	83
Diálogo.....	84
Un viaje de más de catorce kilómetros.....	85
Vencejos de esperanza.....	86
Gran república bananera	87
El faro.....	88
Tengo una novia ancha.....	89
Tarde en Wadi Sora.....	90

Prólogo

Cecilia Rodríguez Bové

Ganadora del primer premio de Purorelato 2014

África, sin duda el más mágico de todos los continentes, vuelve a ser el hábitat natural que sirve de sustrato, de marco ideal y de inspiración para las historias que conforman la tercera edición de *Purorelato*.

En esta nueva propuesta, como si de un río se tratase, embarcaremos en una aventura que nos llevará a recorrer las aguas turbulentas de un río bravo, que se desbordará con *Furia*, el relato ganador. Una historia escrita con pulso, con precisión, en una clara denuncia al sinsentido que entraña la violencia y el sufrimiento. Nuestro viaje continuará al amanecer y no perderá fuelle cuando nos topemos con un *Horizonte de expectativas*. Relato potente, que no retoca ni enmascara la cotidianidad más tremenda. Una invitación a la reflexión sobre la existencia y la lucha del hombre. En este recorrido también habrá espacio para disfrutar de aguas mansas y cristalinas que encontraremos en la propuesta de *Morfosintaxis*. Un relato que coquetea con el lenguaje y que nos arropa con la calidez y la sencillez de una realidad entrañable.

Así, entre el gozo y la reflexión, este viaje continuará de la mano de otros tantos relatos que se incluyen en esta edición. Relatos que nos harán no solo leer entre líneas, sino más allá de las líneas. Historias que con auténtica hechicería, nos transportarán a África, allí donde la línea que separa lo real de lo fantástico nunca existió.

Introducción

Luis Padrón López

Director general de Casa África

Purorrelato cumple tres ediciones y en este tercer aniversario, tiene ganador africano. Es marfileño y de la diáspora, se llama Kouao Médard Bouazi, vive en Canadá. Su texto llegó en francés y relata un episodio de la historia reciente de su país, marcado por una larga crisis política en el cambio de siglo. Se titula *Furia*.

Este texto destacó entre los 747 microrrelatos que se presentaron a nuestro concurso, mayoritariamente escritos en español y por autores hispanohablantes. Su poder expresivo, su contención, su empatía fueron las razones por las que el jurado se decantó por él. Kouao Médard Bouazi envió un segundo microrrelato que también puede leer en esta publicación, que recoge los tres textos ganadores, varios invitados y un total de 50 historias más que captaron la atención del jurado.

La competencia fue dura. Nos llegaron más de 700 escritos en español, trece en francés, siete en portugués y siete en inglés. Sus autores los crearon en 29 países en las cuatro esquinas del mundo. Uganda, Madagascar, Costa de Marfil y Burkina Faso en África, pero también Perú, Chile, Brasil, Venezuela, México, Argentina, Francia, Alemania, Rumanía, Ecuador, El Salvador, Estados Unidos, Italia y Grecia.

África y lo africano inspiran. Es algo que constatamos cada año con esta iniciativa. También constatamos que las palabras tienden puentes y comunican a personas y sociedades. Por eso precisamente lanzamos y mantenemos *Purorrelato*.

Esperamos que lo disfrute. Feliz lectura.

Selección de microrrelatos y firmas invitadas

Primer Premio



La literatura es un tejido – más o menos armónico de palabras, de frases – que interroga y reinventa el gran misterio que el hombre es

III Purorelato

Kouao Médard Bouazi

Kouao Médard Bouazi es doctor en Literatura por la Universidad de Laval, en Canadá, y fue beneficiario de la beca de Liderazgo y de Desarrollo Sostenible 2011-2013 en el ámbito artístico.

Además del primer premio de esta tercera edición de *Purorelato*, Médard ha sido galardonado en otros certámenes, como el 1^{er} Premio del Concurso Universitario de Guión de Cortometraje en Abiyán (2007), el 2^o Premio de Relato literario del Fondo de Población de las Naciones Unidas (2006) o el 1^{er} Premio del Concurso Nacional Universitario de Poesía en Abiyán (2000). Su producción literaria incluye la publicación del poema *J'étais l'avenir* en la revista seychellense SIPAY en 2013 y el relato *Seule*, editado en 2006 por UNFPA-Abiyán.

Furia **Furia**

Kouao Médard Bouazi

Ahora que creía acabada la tiranía de las culatas, pasado el tiempo del furor de las porras, borrada la soberbia de los torturadores, he visto el silencio de una noche de septiembre profanado por el ruido de los cañones. Aquel atardecer, la agonía de la paz llegó sobre las ruedas de ese odio que no se calla. Escuché en la radio el cántico de la guerra que rompe el encanto de la vida y hace que triunfen los mayores escalofríos. En la noche convulsa pensé en todas las dedicatorias que los mensajeros de la muerte dejarían en las calles de mi país.

Con mis sueños atrapados en las redes de los guerreros sin rostro, lloré, largo tiempo, por la puerta cerrada para cubrir la miseria de aquellos que no piden más que tranquilidad. En mi cabeza, el alarido de los fusiles, la llamada de los abismos, y compadecí a los jóvenes retenidos por los bárbaros, a la madre que ahoga el llanto de su bebé contra su pecho. En mi habitación de estudiante, esperaba al héroe salido de mi imaginario, pero el escenario de horror se había desplegado con voz apocalíptica. La radio hace un llamamiento a la adhesión: sí, era la voz de mi vecino, un flacucho que me recordaba a un muñeco de vudú. Galante, sucumbió de tal forma a la tentación de los deseos libertinos que no comprendí cómo acabó creyendo únicamente en la fuerza.

Alors que je croyais achevée la tyrannie des coups de crosse, passé le temps de la fureur des matraques, effacée la fierté des bourreaux, j'ai vu le silence d'une nuit de septembre profané par le bruit des canons. Ce soir-là, est arrivée, sur les roues de cette haine qui ne se tait pas, l'agonie de la paix.

J'ai écouté à la radio le chant de la guerre qui brise le charme de la vie et fait triompher les plus grands frissons. Dans la nuit tourmentée, j'ai pensé à toutes les dédicaces que les messagers de la mort feraient dans les rues de mon pays.

Avec mes rêves pris dans le filet des guerriers sans visage, j'ai pleuré, longtemps, sur le huis clos qui couvrirait la misère de ceux qui ne demandaient rien d'autre que la tranquillité. Dans mon esprit, le hurlement des fusils, l'appel des abîmes, et j'ai eu de la peine pour les jeunes gens retenus par les soudards, pour la nourrice qui étouffe son bébé pleurnichard. Dans ma chambre d'étudiant, j'attendais le héros sorti de mon imaginaire ; mais le scénario de l'horreur s'est déplié avec une voix d'apocalypse. À la radio, un appel au ralliement : c'était bien l'accent de mon voisin de palier, un gringalet qui me faisait penser à une poupée vaudou. Galant, il a tant succombé à la tentation des envies libertines, que je ne compris pas comment il était parvenu à ne croire qu'en la force.

Segundo Premio

Carlos Léaud



Desde que me di cuenta del peligro que supone que solo exista una historia, lo que quiero es contar las otras

Esta es la primera vez que Carlos se presenta a un concurso y también la primera que escribe un microrrelato. Normalmente redacta artículos, ensayos y algún que otro poema.

Junto a compañeros y compañeras de Filología Inglesa, creó la revista cultural *8 de octubre*, de marcado carácter

plural y transversal y cuyo objetivo es dar voz a los sin voz, hacer pensar y crear debate, ideas que él mismo considera compatibles con la literatura. Fue en Inglaterra donde empezó a conocer la literatura africana a través de una beca en la Universidad de Southampton. Entre otros autores, disfruta con Dambudzo Marechera. Su concepción de la literatura como fenómeno propiamente africano le conmovió y despertó en él una creciente inquietud en estudios poscoloniales.

III Purorelato



Horizonte de expectativas

Carlos Léaud

Kioi se despertó. Su boca estaba seca. Buscó en la oscuridad la botella de agua. Tan solo quedaba un poco y pensó en la pequeña Waccera. Tragó saliva y volvió a dejarla en la mesa. Se incorporó y corrió levemente la cortina. Miró al horizonte. Nuevos imponentes rascacielos y un rosario de obras que parecía no tener fin. Caminó de puntillas hacia la puerta, sorteando los roídos tacones de Mumbi. Abrió la puerta y salió. Deslizó su mano sobre la oxidada carrocería de su viejo coche. En su interior había un par de mantas y un preservativo usado, pero Waccera no estaba allí. Habría ido a buscar en la chatarra.

Se hurgó en los bolsillos y encontró el poco tabaco que le quedaba. Se sentó en el coche y se lió un cigarro. Mientras daba la primera calada, comenzó a buscar entre los asientos. Descubrió un par de monedas, suficiente para poder comprar un poco de pan. Kioi caminó hacia la tienda, dubitativo. Apretaba tan fuerte las monedas que la palma de su mano empezó a sangrar. Abrió la puerta y se dirigió al mostrador. «Cerveza», balbuceó. Una vez fuera, examinó la botella. Aunque no sabía leer, reconoció dos letras omnipresentes en el país: UK. Con las manos temblorosas, la abrió. Una lágrima recorrió su cara, abriendo un surco entre el polvo que la cubría.

Entró en casa. Se acercó a la ventana y miró de nuevo al horizonte. Cerró la cortina y volvió a dormir.

Morfosintaxis

Nendo Dango

Desvencijado, mutilado, remendado. Lamentos de una radio mal sintonizada. Arañazos de calor encerrados en el interior del taxi compartido (precio único). Charla entre desconocidos, espontánea, despreocupada: improvisada. Suben y bajan del taxi, asumiendo el hilo errático; añadiendo, desmintiendo o asintiendo desde los asientos gastados. Viajeros contagiados de ósmosis oratoria. Sabrosa prosa de barrio enmarañada en un puzle oral; relato ensamblado en bricolaje literario: lijando, cortando, transformando, metiendo de largo o enluciendo párrafos. Limaduras lexicales que caen al suelo del taxi: adverbios neutralizados, verbos sofocados y una retahíla de complementos circunstanciales por aprovechar.

Rebuscan entre escombros de palabras, reciclan y arriman el hombro, apuntalando una mecánica narrativa; cada cual se sirve a su antojo, esculcando tramas y volviendo a echar retales gramaticales donde cuecen las páginas machihembradas de la novela perfecta, un borrador que nunca acaba de retocarse. Habladurías repetidas y aliñadas al gusto saltan de taxi en taxi. Cuchicheos que impregnan comercios, patios de vecinos; el país entero. Murmuraciones, chismes: fraseología doméstica y fecunda que germina en crónicas —rendidas a la realidad africana—. Taxistas que, acorralados en un chasis sin aliento, velan los rescoldos de la tertulia. Magníficas obras populares escritas en ningún papel.

Tercer Premio

Nendo Dango



No recuerdo cuando fue. Me miré y llevaba África incrustada en mí. No lo sentía algo ajeno o añadido, más bien como un órgano vital

Nendo Dango es el seudónimo de este malagueño nacido en 1969.

Un buen día se enrolaría como geólogo en un proyecto hidráulico en una región desconocida de África, desde donde engazaría un país con otro: de proyectos de desarrollo a crisis humanitarias, de voluntario de modestas oenegés a oficial de Naciones Unidas. A lo largo de años acumuló

garabatos de letras en frases enmarañadas; papelitos arrugados guardados sin orden ni concierto; caligrafías prehistóricas en rudos armazones gramaticales como sacados de una ferretería, más parecidos a telegramas que a narrativa. Borradores de sucesos, fragmentos amontonados del paisaje humano atrapados en borrones. Dos de esas notas furtivas corresponden a los relatos que aquí aparecen, extraídos de un manuscrito sin publicar: *El agua del extranjero, descalabros de un mercenario humanitario.*

Imagen: Marta Conti

III Purorelato

Firma Invitada

Ken Bugul



Ken Bugul, «la que nadie quiere», es el seudónimo de Mariètou Mbaye Biléoma, novelista senegalesa y autora de obras en las que usando la autobiografía explora los dilemas de las mujeres en la diáspora senegalesa y la herencia colonial.

Nació en 1948 en Ndoucoumane (Senegal) cuando su padre tenía ya 85 años de edad.

***Escribir es cambiar el imaginario.
¡Escribir es infringir el monopolio de la memoria!***

Su obra, prácticamente biográfica, cuenta con títulos como *Le Baobab fou* (1982), *Cendres et braises* (1999), *Riwan ou le chemin de sable* (1999), *La Folie et la mort* (2000) o *La pièce d'or* (2005). Según declaró a *El Periódico de Aragón*, experiencias que ha vivido de cerca como la violencia de género, la prostitución e incluso el mundo de las drogas le han ayudado a ser escritora. Actualmente reside en Benín y está considerada como una de las grandes escritoras africanas contemporáneas.

Leïla

Ken Bugul

El teléfono suena. Leïla no responde.

Su amiga está conmocionada. No puede creer la noticia. Quiere saber, quiere entender, ¿cómo se pueden arrebatar vidas tan brutalmente por una violencia y un odio absurdos? Piensa ir a la azotea del edificio donde ella vive. Una vez arriba, ¿giraría la cabeza en todas direcciones para ver el espectáculo de la punta de la ciudad aplastada bajo el cemento hasta donde alcanza la vista? ¿Se habría acercado un poco más al borde y saltaría al vacío para denunciar la barbarie y la cobardía? Sin embargo, esa mañana, antes de la terrible noticia, se dio una ducha que la hizo estremecerse; se puso su vestido bereber; escribió un poema sobre los hombres y las mujeres de países azules con los que compartió momentos intensos cuya magia le salpicó los sentidos. El teléfono sigue sonando en el vacío del silencio. Deja el auricular y decide ir a la cercana orilla del mar. Se sienta sobre una roca empapada de espuma e interroga el horizonte. De repente, el rostro de Leïla parece emerger de las aguas y su sonrisa la invita a la luz. Inclina la cabeza hacia el reflejo y atrapa el instante.

La pasión del humano era la razón de vivir de Leïla.

Despistes de Greenwich

Nendo Dango

Ninguna carretera pasa por el poblado de Sèlbo, al norte de Burkina Faso. Sus vecinos no conocen más geografía que hasta donde alcanzan con sus bicicletas. No han estudiado cartografía ni están al corriente de dónde queda Greenwich. Allí están ellos, haciendo vida normal sobre el meridiano cero; cuidando de sus rebaños, mirando al cielo por si lloviese; ajenos a la línea invisible que, en un círculo imaginario, parte al mundo en dos mitades, conectando los polos terrestres por Greenwich (y por la aldea de Sèlbo). Nadie echa cuentas de la longitud y latitud donde sus ancestros levantaron las cabañas; les trae sin cuidado la geodesia, las representaciones a escala, la planimetría, los sistemas de proyecciones estereográficas, gnomónicas o poliédricos y a qué se dedicaba Gerardus Mercator. En Sèlbo no rebaten la ecuación cartesiana del elipsoide bajo el árbol de la palabra; aun así, sólo ellos saben leer las señales sutiles de la encrucijada de caminos sahelianos que se desmenuzan en una maraña de senderos. Un mar de veredas caóticas a los ojos del extranjero, perdido entre mapas y satélites.

Entre saltos, atravieso Sèlbo por la pista de tierra que lo cruza. En el GPS verifico la latitud: 0°. Dato inútil y bello. Todo sigue en su sitio. Sensación —acuerdo universal— de estar en medio del mundo, aunque en realidad, Sèlbo esté en mitad de la nada.

Un segundo en África

María Perales de los Santos

En Bamako, una mujer trenza el pelo de su hija Fanta y lo decora con cuentas de colores. Hoy es su primer día de colegio. Una de las cuentas cae al suelo y se mezcla con la tierra convirtiéndose en el barro rojizo con el que dos jóvenes himbas cubren su cuerpo y su pelo a la sombra de un baobab. Los ojos de las mujeres lucen negros y brillantes y se convierten en los de dos leonas caminando majestuosas por el parque del Serengueti al atardecer. La cola de una de las leonas comienza a estirarse y a hacerse cada vez más fina, para convertirse en los trazos de la pluma de Chinua Achebe describiendo cómo todo se desmoronaba. Se desmorona una casa colonial en Mogadiscio ante el mundo en silencio. Un ladrillo de esa casa va tomando vida hasta convertirse en la seria cara de un cura ortodoxo etíope que reza frente al altar. Su rezo se convierte en las palabras del amarre de amor que un marabú realiza a un joven en Dakar. El corazón del joven emerge latiendo fuerte al sonido de la marimba en una canción de un disco de Salif Keita que vende un viejo blanco sudafricano en una tienda de música en Old Street en Ciudad del Cabo. El disco se eleva y cambia de color hasta ser el sol en un cielo que amanece con olor a vainilla en Madagascar. En un campo de la isla, una vaina de vainilla se retuerce hasta convertirse en una trenza de Fanta, que hoy va al colegio por primera vez.

Propiedades mágicas de los zumos

Astrid Ramos Cardona

Quien no se haya dado cuenta todavía de que ella toma su bissap convencida de que así florecerán hibiscos carmesí en su interior, jamás entenderá por qué, siendo la bebida favorita de los niños, ella rehúsa, una y otra vez, beber el zumo de bui.

Los tiempos malditos *Les temps Maudits*

Kouao Médard Bouazi

Recuerdo mis manos ajadas en el alba. A los que éramos gente de nadie, ninguna caridad había sabido desatarnos las cadenas de los secuestradores de libertad que nos comprometían a las noches lívidas, a los días en los que la fusta del amo mordía nuestras espaldas ya sumisas. Nuestro grupo de miseria se estremecía durante horas cerca de los rescoldos, en medio del calor africano. Le hice a mamá el juramento de vencer al Mediterráneo bajo el peso de la miseria y la fatiga. Después, como un milagro que rompió las murallas del océano, Lampedusa, bajo la bruma: las embarcaciones descargaban las pesadillas de Oriente y los miedos de Eritrea. En los rostros, quizás, la nostalgia de un país ahora lejano. Podía percibir, en el corazón de la fe de los pobres, una angustia sin fin, preguntas sin respuesta. Recuerdo la postura altiva del barquero delante de los fajos de dólares: los frutos del sacrificio entre las manos de un mesías intrépido, en un mundo en el que se aprecia más el dinero que a las personas. Esperaba que llegara el día en el que la Mancha fuera también domada, en el que Douvres se entregara a mi vista exaltada. Pero aquí, las alambradas acariciaban nuestras soledades, rasgando nuestros deseos. De mi corazón, urgía una nueva angustia: ¿cuándo llegará el fin de los tiempos malditos?

Je me souviens de mes mains défraîchies dès l'aube. Nous autres, les gens de rien, nulle charité n'avait su délier les chaînes des ravisseurs de liberté qui nous fiançaient aux nuits blafardes, aux jours où la cravache du maître mordait nos dos déjà soumis. Notre maisonnée de misère frémissait près des braises borgnes, pendant des heures, dans la gueule de la cha-

leur africaine. J'ai fait à maman le serment de vaincre la Méditerranée par-dessus le poids de la misère, par-dessus la fatigue. Et puis, par un miracle qui brisa les remparts de l'Océan, Lampedusa, sous la brume : et les embarcations déchargeaient les cauchemars d'Orient et les hantises d'Érythrée. Sur les visages parfois, la nostalgie d'un pays désormais lointain. Je pouvais surprendre, au cœur de la foi des pauvres, une angoisse sans fin, des questions sans réponse. Je me souvins de la pose altière du passeur devant les liasses de dollar : les fruits d'un sacrifice entre les mains d'un messie hardi, dans un monde où l'argent est plus aimé que les gens. J'attendais que vienne le jour où la Manche sera elle aussi domptée, où Douvres se livrerait à mon regard enfiévré. Mais là, les barbelés caresaient nos solitudes, écorchaient nos envies. Et, de mon cœur, surgissait une angoisse nouvelle : quand donc viendra la fin des temps maudits ?

¡Nostalgia de guerra! Nostalgie de guerre !

Bernard Bamogo

El viejo Pendo no paraba de alardear. Sus hazañas serían la octava maravilla del mundo. Mas por grandiosos que fueran sus actos de valentía en la guerra de Indochina, no podían despegar a los jóvenes de sus teléfonos.

—¡Queréis pruebas del mejor tirador senegalés! ¡Ah! ¡Ah!

¡Pendo, mochila y bayoneta en la espalda, llamó a su perro de caza y partió a arreglar las cuentas con las liebres! Las primeras salieron disparadas en tromba. Ante miles de testigos, Pendo quitó bruscamente la anilla de la última granada que trajo de Indochina y la lanzó a pocos metros de la presa. Más atento que su amo, el perro se hizo con el preciado juguete y ladró en dirección a su propietario. ¡Orgullo, orgullo y desbandada!

Le vieux Pendo ne cessait de se vanter. Ses exploits seraient la huitième merveille du monde. Mais aussi grandioses que pouvaient être les actes de bravoure accomplis par Pendo à la guerre d'Indochine, ils ne pouvaient détacher les jeunes de leurs téléphones.

*—Vous voulez donc des preuves du meilleur tirailleur Sénégalais !
Han ! Han !*

Pendo, sac au dos, baïonnette à l'épaule, héla son chien de chasse et partit régler des comptes aux lièvres ! Le premier débusqué démarra en trombe. Devant mille témoins, Pendo dégoupilla fièrement la dernière grenade ramenée d'Indochine qu'il lança à quelques mètres du gibier certain. Plus alerte que son chef, le chien se saisit du jouet précieux et jappa en direction du propriétaire. À fierté, fierté et débandade !

Islas

Mar Horno

Hace unas semanas gané el mapa de una isla en una partida de cartas. El antro estaba en la zona vieja del puerto, esa a la que no se acercan ni los gatos. Los otros eran hombres de pieles oscuras, viejas cicatrices y naufragios encallados en los ojos. Yo sé que en estas partidas puede ocurrir cualquier cosa pero nunca imaginé que llegaría a ganar, doblado en cuatro partes, el recuerdo nostálgico del corazón de un hombre. Desde entonces sueño cada noche con la isla. Selvática, fértil, única, ofrecida. Y aunque conozco longitud y latitud. Y aunque sé las millas exactas que me separan de ella. Y aunque podría estar allí en unas horas, hundiendo mis dedos en su arena blanca, relamiendo su sal en mis labios, penetrando en sus secretos más salvajes, sé que nunca será otra cosa para mí que el paraíso perdido de otro. Igual que tú, Raissa.

El niño en la cesta

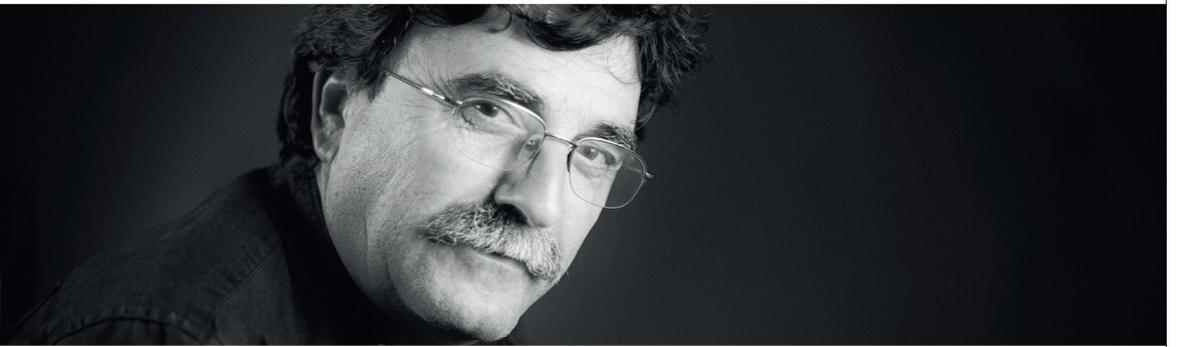
Chaco

En la costa del Zambeze, una señora se acerca al agua para llenar de agua un cuenco. Mientras está en ello, un llanto infantil llama su atención. Mira hacia su izquierda, y descubre una cesta. Dentro, un bebé. Un bebé hermoso, el rostro más tierno que jamás haya visto la señora en su vida. Duda un instante, pero no más. Lo toma en sus brazos, y lo lleva a su casa. Durante treinta días atiende al niño, que es insaciable. Come absolutamente todo el día, todo lo que le dan, todo lo que encuentra. A veces, la señora nota que si sigue así, la cosa se pondrá dura. Pero el niño es tan hermoso, y tan tierno.

Un día, la señora vuelve a casa y descubre al niño masticándose un pequeño ratón. La señora lo reprende. El niño se quiebra y llora. Ella se culpa. Esa noche la señora tiene una pesadilla. Sueña que el niño puede comérsela a ella. Cuando despierta, le falta un brazo. Grita, o cree que grita, pero nadie la escucha. Muere. Cuando el cuerpo de la señora se termina, el niño gatea hasta el río, se mete en su cesta, y duerme.

Firma Invitada

Antonio Lozano



Licenciado en Traducción e Interpretación, ejerce como profesor, escritor y traductor desde Agüimes, donde fue concejal de Cultura entre 1987 y 2003. Es director del reconocido Festival del Sur-Encuentro Teatral Tres Continentes y del Festival Internacional de Narración

Escribo porque una voz interior me empuja a hacerlo. Una voz que nace del desasosiego que la contemplación del mundo me genera

Oral Cuenta con Agüimes, y es colaborador habitual de Casa África en lo referente a literaturas africanas. Es autor de novelas como *El caso Sankara*, *Las cenizas de Bagdad*, *La sombra del minotauro* o *Me llamo Suleimán*. Con *Un largo sueño en Tánger*, publicada en 2015, logra su obra más íntima y emotiva, buceando en el arcón de sus propios recuerdos y extrayendo sensaciones, olores y sonidos que impregnan la trama de una novela memorable en su Tánger natal.

Imagen: Mario Vega

Mujer de hombros bronceos

Antonio Lozano

Aún no han tocado el cielo los dedos de la aurora, mas ella está ya en pie. Son muchas las tareas que caben en su jornada, mucho el peso que echará a sus espaldas, y no hay tiempo que perder. Pero hay más: esas horas silenciosas en las que aún no se ha anunciado el nuevo día, la paz remansada en la oscuridad, la caricia del aire fresco en la piel le ofrecen una oportunidad para soñar, suplantando las dificultades cotidianas con la quimera de unos días felices que, lo sabe, nunca llegarán. Sobre su cabeza se mece el cubo lleno de un agua robada al pozo; o la tabla en que descansan los buñuelos recién sacados del aceite; o también los rescoldos de sueños jamás cumplidos. Si se asoma a la puerta de su cabaña, si traspasa el umbral de su choza, si pone el pie en la calle terrosa, descubrirá que otras como ella se afanan en preparar la nueva jornada.

En la lejanía resuenan ladridos, solo ellas lo han oído. Todas tienen sus vidas amputadas, pero el canto del gallo nunca las pilla por sorpresa. Porque puede que sobre la Tierra la mujer sostenga la mitad del cielo pero, donde ella vive, sus espaldas bronceas cargan además con la supervivencia de quienes son ajenos al aullido del perro en la madrugada.

Artífice ambulante de tortillas

Manuel Céspedes Tobalina

Un huevo cruje terso en el filo de la sartén a oscuras. Nadie se atreve a medir la profundidad de un río con ambos pies, y menos aún ella. Entre bártulos y neveras de plástico ha preparado diecinueve tortillas esta noche que se desliza por la corriente de un país gastado. El huevo se rompe y la sartén vuelve a su cántico, su *cri-cri* como un insecto más, apaciguador. También dirá que no todos permanecen despiertos cuando la lluvia cae de noche. Retiene la sabiduría de su pueblo y descende del único trabajo de sus manos. Sabe que incluso cuando la ceguera toma los ojos, estos contienen sueño. Contienen sueño en cada una de las lentas calles. Desoída relación de tierra abusada, sartenes sin bautizo, marfil sucio de huevos ocultos.

Mágico Luderitz

Mariela Migo Pizarro

El pueblo yacía sobre la gleba de un dromedario. La gente del lugar poseía una eterna y existencial náusea producida por reales movimientos del vaivén de la joroba. El relieve era marrón y piloso, por ende, las casas eran impermeables pero un poco sudorosas. El peligro latente de los habitantes era el excesivo calor. Sin embargo, una cosa tenía a favor habitar sobre la loma de un camello: la perspectiva. Desde él se podía llegar a ver el mundo en un continuo movimiento. No había que salir del pueblo para conocerlo, el paisaje venía a su encuentro. El camello era un barco.

Abrazo Criollo **Abraço Crioulo**

Maria Alice Neves Sarabando

Hojas de palmera recortan el alto azul. Ribetean el bajo azul reentrancias invisibles de la cima en la que se sienta. Viento leve le ronda la piel. El duro sol tropical oculta todos los contornos. La altitud borra el susurro del mar. Vino de lejos. No dejó a nadie esperándola al norte del trópico de Cáncer.

Insaciable, un tumor engorda por dentro, a costa de ella. Está sola, muy sola. Suspendida como ave, de espaldas al empinado sendero dibujado por los pies en la roca desnuda, no acertó a oír pasos dentro del silencio envolvente. No la disuadirán. Fuerte, la determinación de volar sobre el abismo. Se levanta, cierra los ojos, se columpia: quiere caer como piedra desprendida. Insospechado, un brazo fuerte le enlaza la cintura y la retira, en un instante, hacia atrás.

No quieres morir, mujer. El paraíso está aquí, en la tierra, no en el cielo. Déjame abrazarte, déjame besarte. Lloro en mi pecho, si quieres.

Folhas de palmeira rendilham o alto azul. Debrua o baixo azul reentrâncias invisíveis do topo onde se senta. Vento leve ronda-lhe a pele. O duro sol tropical ofusca todos os contornos. A altitude apaga o sussurro do mar. Veio de longe. Não deixou ninguém que a espere a norte do trópico de Cáncer.

Insaciável, um tumor engorda dentro de si à custa de si. Está só, muito só. Suspensa como ave, costas voltadas ao caminho íngreme batido de pés na rocha nua, não deu por nenhum passo no silêncio em volta. Não será dissuadida. Forte, a determinação de voar sobre o abismo. Levantase, fecha os olhos, balança: quer cair como pedregulho desprendido. In-

suspeitado, um braço forte lhe enlaça a cintura e a puxa para trás num repente. - Bo ca crê morrê, nhá. Paráise é li na terra, ca é na céu. Tchá-m' braçá-b', tchá-m' bêjá-b'. Chorá na nha pêt, se bo crê.

Dulce llanto

Alba Ramos Álvarez

Entre las ramas de los árboles y en el propio vacío de la sabana, se podía distinguir el peculiar llanto de un niño recién nacido. Su llanto no era agudo o estridente, era más bien todo lo contrario. Grave y absorbente, parecía viajar a través del viento, comunicándose con los animales, pequeños o grandes, que quedaban profundamente aletargados al percibirlo.

Poco a poco, todos ellos levantaron sus orejas, y como en una única manada se dejaron llevar por sus instintos, buscando tranquilamente y sin correr el lugar del que surgía aquel llanto que tan relajados los hacía sentir. Marchaban leones, hienas, cebras, jirafas... como en un desfile, caminando ordenadamente y sin mirarse los unos a los otros, haciendo caso tan solo a la sensación de bienestar que tan de repente les había embargado.

Tras cientos de pasos andados, los animales llegaron a un pequeño montículo de hojas del que asomaban unas manitas rollizas, que se movían al compás de aquel llanto que ahora se había transformado en balbuceos. La piel oscura y ligeramente verde de un niño brillaba con los últimos cálidos rayos del sol. Los animales no paraban de acumularse a su alrededor, y cuando el sol se escondió por completo, la hierba abrazó al bebé dejándolos perplejos.

El silencio los despertó a todos, fueron conscientes de sus presencias y fue entonces cuando comenzaron a perseguirse los unos a los otros.

Enfocar la pobreza

Isaac Vaquer Ferrer

No tendría más de nueve años. Quizás diez. Estaba en cuclillas junto al muro, y frente a ella había un sombrero de paja de un diámetro bastante superior al de su cabeza. Quién sabe si de algún vertedero de Johannesburgo, o tal vez fuera de su padre. Me detuve e hice mi trabajo. Enfoqué y apreté el disparador. Saqué del bolsillo un billete de cinco dólares, mucho más de lo que ella podría ganar un día cualquiera. Ni siquiera me miró cuando lo deposité en el raído recipiente. Dibujó una especie de paréntesis en el pavimento de tierra. «¿Qué es?», pregunté. «Mi sonrisa —contestó— en la cara ya no me sale».

Medicina occidental

Alba Lúa

Desde que volví de África me invade un frío crónico. Me han prescrito el calor de su gente.

Calurosas llamas

Alba Ramos Álvarez

Jelani rezaba, rezaba tanto y tan fuerte que se le estaban empezando a olvidar las palabras. Era una tarde seca y calurosa en Uganda, el sol comenzaba a lanzar destellos rojizos y a sus espaldas sentía el calor de a quien amaba. Apretado y tan sudoroso como él. Los gritos a su alrededor se le antojaban difusos, inconexos y estridentes. Le pareció distinguir un «monstruos» y un «arderéis en el infierno» que probablemente escaparon de alguna de aquellas bocas enormes y chillonas. Dejó de rezar y observó en silencio su oscura piel desnuda, no quería mirar entre sus piernas, pues su mente aun no era capaz de asimilar lo que le habían hecho horas antes, y le bastaba con sentir el intenso dolor y el calor de la sangre que se derramaba por sus muslos.

Tras de sí, sintió los quejidos de su compañero, también su piel caliente y húmeda contra la suya. Lo había sentido desnudo en otras ocasiones, lo amaba y se habían dejado llevar por la pasión y la necesidad de expresarlo. Cómo podría ser algo malo aquello cuando era tan hermoso... Ahora era una puerta abierta en el momento inadecuado y ese amor prohibido, el que les había llevado al centro de aquella muchedumbre enfadada.

No pudo hacer más que cerrar los ojos de nuevo, volvió a rezar mientras un intenso olor a gasolina lo inundó todo. Sintió el líquido cayendo sobre su piel, luego una profunda oscuridad y todo fue calor y dolor.

Firma Invitada

Ismael Diadié



Es el último descendiente de Alí ben Ziryab al Kuti, ciudadano de Toledo expulsado de la ciudad en 1468 e instalado en Tombuctú. Historiador y filósofo, es el responsable de la conservación del Fondo Kati, el legado documental andalusí más importante fuera de España.

Después de vivir tres guerras, dos grandes sequías, una epidemia de cólera y el exilio tras la ocupación islamista de Tombuctú, la literatura me ha salvado

Su biblioteca la integran más de tres mil manuscritos. La mayoría son de variada temática árabe medieval y supone una colección fundamental para comprender la penetración del Islam en España o el destino de centenares de familias visigodas. La rebelión tuareg de 2012 lo llevó a exiliarse de su país, no sin antes salvar gran parte del valioso Fondo Kati antes de huir.

Imagen: Rodrigo Valero

La espera

Ismael Diadié

Llevaba el pueblo toda la semana preparando la llegada del comandante blanco. Las calles eran tan limpias como el fondo de la calabaza de una recién casada, las mujeres se peinaron con arte y esmero y los hombres se vistieron con sus mejores ropas. Llegado el día, apenas salió el sol cuando empezó la fiesta de bienvenida. El jefe y su corte, pastores y agricultores, sastres y leñadores, todos estaban en la entrada del pueblo y miraban a lo lejos, sobre las lejanas dunas, los mozos a caballo. Ellos se encargaban de anunciar la llegada del comandante y su séquito.

El sol ha seguido su curso y las miradas de los jóvenes de las dunas seguían intactas. Los músicos tocaban sus mejores melodías, los bailarines se sucedían gráciles.

El sol se ponía cuando los jóvenes vieron un caballo llegar, hicieron los signos convenidos y se levantaron gritos de alegría. Pero era solo un hombre montado sobre un caballo. Anunció que el comandante no podría venir y que tenía otros menesteres.

Uno a uno la gente volvió a sus casas, y el jefe del pueblo, regalando un gallo y una cabra al mandado le dijo:

—Ha sido bella la espera. Hemos pasado el día cantando y bailando en honor al comandante. Esperamos ahora el anuncio de su próxima visita.

La nariz más famosa no existe

Trissia

¡Lo que daría por volver a oler esa mezcla de granada y frutos secos del Ashura! De repente la esfinge bizqueó un ojo hacia su nariz. Entonces lo entendió.

Camino de Regla

Anatolia

El mar apacigua sus embestidas abriendo surcos de espuma para los viajeros. Del otro lado de la bahía el pueblo venido a menos crece sobre sí mismo, arrebuñado en su halo misterioso de africanía insular. En la orilla blanca, supersticiones. En la orilla negra, el bramido del cuero tensado. En la proa de la barca una mujer de incierta frontera racial y caderas aprestadas señala el horizonte.

«Ya casi es hora», dice.

Tres hombres, un pato, una bandera y el ardor que precede al júbilo encallan en el litoral tras enérgicos golpes de remo. La mujer deposita en brazos del mar salado el hermoso manjar blanco. El presente adverso detiene su marcha. La alegría se sobrepone a la inexorable decadencia que avanza sobre cuanto rodea a esta humanidad proscrita que no sabe hacia dónde va, pero conoce su tronco. Una procesión de ancianas engalanadas, mulatas opulentas y jóvenes de cuerpos ágiles asciende por la ladera que circunda la iglesia donde la Virgen Negra, desde su nicho, ofrece una venia y contempla el naufragio del ave que Olokun espera en el mar salado. En el solar restallan los cajones. El quinto desafía la diestra postura de un bailarín. Los colores del santo y de la patria danzan en el territorio libre de la pobreza, al compás de un sonsonete conocido.

«Ya es hora», dice la mujer. Y se hace La Rumba.

Hipotermia

José Jodar Vidal

En Bamako los hipopótamos pasean por las calles de la medina. La gente no los mira porque está acostumbrada a ver a estos mamíferos enormes vagabundear por la ciudad. Pasan las horas tomando té, les gusta el arroz con pescado o con carne, comen con la mano derecha y se lavan con la izquierda. Rezan más y mejor que nadie. A veces los hipopótamos desaparecen por un tiempo, pero siempre acaban volviendo porque al fin y al cabo Bamako es su casa y Mali, en parte, su país. Por la noche abandonan las calles llenas ya de desperdicios y se retiran al río Níger. Parece que van a alguna de sus islas pero nadie lo sabe con seguridad. Sin embargo, la convivencia entre los habitantes de la ciudad y los hipopótamos no es pacífica. A veces algún hipopótamo ha arrancado la cabeza de cuajo a alguna mujer en medio de la multitud, pero nadie se atreve a interponerse.

«Son cosas que pasan», asiente la gente con resignación y con un poco de tristeza.

Solo una vez un hipopótamo se enamoró de una mujer y su marido celoso lo mató. Luego invitó a todo el barrio a comer la carne tierna del animal recién muerto. Ahora los hipopótamos están algo más nerviosos que de costumbre. Han desarrollado el poder de convertir a otra gente errante en hipopótamos por un tiempo, los entrenan en el uso de las armas y los incitan a inmolarse en algunos lugares, sobre todo en los que haya muchas personas de color blanco.

La jaula de los leones

Alejandro Schiappacasse

Ayer volví a caer en la jaula de los leones del zoológico de Buenos Aires. El zoo está en pleno centro urbano, camino a mi trabajo; así que suelo caer una o dos veces al mes. Hablamos de Argentina, su gente, hicimos bromas; pero al fin, por más evasivas que esgrimí, no pude evitar el interrogatorio de cada encuentro. Agazapados, me rodean, se recuestan sobre sus panzas y, mirando a uno y otro lado para disimular, me susurran las preguntas de siempre: cómo salir de ahí y cómo volver a su tierra natal.

Les respondí lo acostumbrado: que la cosa está difícil, que no se engañen; la inmigración africana aumenta, y que además, necesitamos más dinero (las pocas monedas que caen entre los barrotes y algunos pesos que tengo no son suficientes), y el barco, los documentos falsos, la extorsión al cuidador nocturno y el traslado una vez cruzado el océano tienen su costo.

No es fácil ser sincero con ellos, algún zarpazo o dentellada puede surgir ante la imposibilidad en la que se reconocen. Surgieron las lágrimas habituales, sus justos reclamos, la irreprochable exposición de las infamias del hombre —¿qué podría alegar yo a eso?—. Luego, la idea de que un amigo senegalés que vende relojes en la calle cerca de casa los visite, los alegró un poco; el macho revoleó la cola, la hembra lamíó mi cara. Abrieron la reja y me fui corriendo; en mi trabajo ya me advirtieron por estas llegadas tarde.

Calle de Maputo

Ana Moya Romero

Tres sillas de plástico bajo un árbol. Maluquinha ronroneando mientras las tres mujeres observan el balcón de los turistas en silencio, tratando de captar la conversación o ver qué hacen tras el balcón de puertas entornadas del hotel. Mama Lopes tiene una bolsa de caramelos en las manos. Hace rato que se pelea con ella, desde que los turistas de ojos tristes se la colocaron en las manos. Pero la bolsa se resiste. Ella estruja el plástico, lo ablanda, le da la vuelta, intentando abrir la bolsa por otro extremo. Nada, la bolsa no se quiere abrir. A pesar del persistente ruido del plástico, ni mama Rodrigues ni mama Silva se giran para quejarse. La primera, concentrada en la conversación que les llega y en que el paraguas que las protege del sol cubra a las tres amigas por igual. La segunda, abstraída en sus pensamientos, intentando encontrar lógica en el comportamiento de esos turistas cada vez más numerosos. Mama Lopes continúa su guerra encarnizada con la bolsa de caramelos todavía un rato más, cuando la señora Rodrigues, cansada de oír el ruido del plástico, y sin dejar de observar el balcón, le arranca la bolsa de las manos. Abre la bolsa en dos segundos, aparentemente sin esfuerzo, y se la devuelve. Mama Costa sonrío agradecida antes de descubrir que cada caramelo va envuelto en su propia, diminuta e individual bolsa de plástico.

Caramelos y turistas, todos sobreprotegidos.

La librería fosforescente

Sebastià Bennasar

Siempre había pensado que lo más importante de su vida era poder ver los libros tintinear bajo la luz de las estrellas o de la luna llena. Eso solo era posible allí, en la pequeña bahía, en la isla. Nunca había sido buena orientándose así que no sabía demasiado bien donde estaban los puntos cardinales, pero cuando llegó a Ponta do Sol supo que si una ola se la llevaba acabaría en medio del océano.

Aquello le pareció fabuloso y un año después montó la librería aprovechando el casco de un barco embarrancado que algún temporal había arrojado a la costa en 1966, año de terribles huracanes. Vendía pocos libros pero le daba igual. Se conformaba con verlos brillar en su librería fosforescente.

Corazón de Sabana

La pecera

¡Grggr! ¡Grggr! ¡Grggr! ¿Qué tal habrá pasado la noche mi manada? ¡Anda, mira! Ya están ahí otra vez. Sí que madruga esta gente. Me pregunto a qué habrán venido a África... Porque yo, al principio, creía que venían al enlace entre una tal Karen y un tal Barón Blixen. ¡Menudo bodorrio! Luego supuse que a un safari, porque he visto, de refilón, que andaban armados, y he escuchado por ahí que los elefantes andan con la mosca detrás de la oreja. Incluso llegué a pensar que a cultivar café, aunque espero que no sea a eso, porque me han dicho las hienas que se les ha quemado toda la cosecha. Pero, la verdad es que, a día de hoy, no lo tengo nada claro. Llevan meses de un lado a otro, con los kikuyu y con esos extraños aparatos tras ellos.

Definitivamente, estoy confuso. De lo que estoy seguro es que no han venido buscando tranquilidad, porque, al menos, los barones se pasan el día entero discutiendo. Y yo no es por ser cotilla, pero creo que esa Karen, que es de armas tomar, está liada con el peluquero. Sí, sí, sí. Os lo digo yo, que tengo un ojo para estas cosas... Denys, creo que se llama. Que por cierto, anda todo el día como un loco en avioneta; como no se ande con cuidado un día va a tener un disgusto y la cosa va a acabar en tragedia.

Los Zulueta

Isachi Fernández Fernández

Mi tatarabuela Ma Higinia Zulueta, sobreviviente de una cadena de partos y de un mar de abortos, del hierro candente, del cólera morbo, del asma bronquial, de la conjuntivitis y los piojos, sintió un peso en el corazón, un mal presentimiento. Sin saber letras, mi tatarabuela Ma Higinia se había convertido en una especie de doctora: llegó a provocar, mediante la amapola, la campana y la dormidera, los síntomas de la fatiga muscular. Con las yerbas hizo descansar a la gente casi setenta y dos horas seguidas. Quien ingería el brebaje no se reponía aunque le dieran cuero duro. El ardid alargó la vida de muchos esclavos en las plantaciones del Central Álava y se guardó bajo juramento ante los orishas.

Un día erró, exageró la dosis y Ta Ciriaco no volvió a dar de sí. Mi tatarabuela antes de que los caracoles hablaran, tomó la mezcla en largos sorbos, y durmió para siempre, pero se recupera periódicamente en forma de brisa que empuja al cimarronaje. Don Julián Zulueta y Amondo lo sabe. Por eso tampoco se sosiega.

Firma Invitada

Ángeles Jurado



Nació en Las Palmas de Gran Canaria y estudió Periodismo en Madrid. Actualmente trabaja en Casa África y escribe en publicaciones como el blog *África no es un país* y *Afribuku*. Ha publicado *Síndromes de Estocolmo*, una recopilación de columnas que aparecían en *La Tribuna de Canarias*; otra compilación de columnas periodísticas en *Canarias 7* y tituladas genéricamente

A veces se escribe para volver a los sitios que amas

Salvapantallas; la colección de microrrelatos *Cambio de rumbo y otras historias pigmeas*, y el volumen de relato breve *Breviario de lametones, mordiscos y besos*. También ha participado en varias colecciones de relato breve y microrrelato, como en las dos primeras ediciones de *Purorrelato*, y ha recibido varios premios por textos cortos.

Imagen: Nacho González

Bassam

Ángeles Jurado

El rey se encajó en su trono, tallado en una mandíbula de ballena. Posó las sandalias sobre una vértebra del mismo esqueleto, que encontraron varado en la playa siete generaciones atrás. Las jóvenes más hermosas del pueblo bailaron, descalzas sobre la arena rubia, con los ojos fijos en el suelo. El joven más elegante, el de los pies más bellos, se ciñó un paño bordado con hilos de plata a las caderas para bailar también, realizando sin esfuerzo saltos acrobáticos de pantera.

Los visitantes alinearon las botellas de licor en el suelo como ofrenda. Inquietos y aburridos, los hombres extranjeros consultaban sus relojes, calculando el tiempo que perdían de talar cocoteros, violar nativas y apuntalar vías de tren por el dunerío que se extendía entre océano y laguna. Sus mujeres se abanicaban, entre un frufrú de enaguas, medio descompuestas por la nuez de cola, el calor asfixiante y el baile del chico negro.

En los cañaverales, lejos del estruendo de los tambores, la hija menor del rey consultaba sus cauríes. Leyó sobre la arena pesada el expolio, pero también presintió la venganza de los ancestros. Soñó las mansiones extranjeras abandonadas, ennegrecidas por la humedad y reventadas por mangos gigantes; un campo de cruces de madera lamiendo —interminable— la vía del tren y una mujer pálida internándose en la selva para buscar, sin éxito, un remedio que pudiera salvar a su único hijo.

Una luna llena manchada se asomó sobre las melenas móviles de las palmeras. Las mujeres extranjeras soñarían, esa noche, con la sensualidad de los movimientos de unos pies de ébano perfectos.

Amadou en la casilla de salida

Raquel Okakene

Joder, otra vez no. Salgo del metro y ahí están, custodiando la plaza. Me quedo petrificado en medio de la escalera. Todavía no me han visto y estoy a tiempo de dar media vuelta y buscar otra salida. Repaso mental de lo que llevo en la mochila. El libro de español, la cartera, las llaves, el móvil. Mierda, el móvil. Me lo regaló Paco «El Dundunero» por mi cumpleaños. De dónde lo habrá sacado. Tengo concierto en diez minutos y no puedo retrasarme, ya me avisaron, no hagas como todos los africanos que siempre llegáis tarde. Y a lo mejor está la camarera del pelo naranja. Qué guapa es. Hoy hablo con ella. ¿Qué hago? ¿Salgo y me arriesgo? El segurata del metro toma la decisión por mí. Llevo ya un rato parado en el escalón de piedra, cortando el paso. Cuando se me acerca con la ceja levantada continúo hacia arriba, que sea lo que Dios quiera. Qué frío hace. No pienso mirar al suelo, estoy hasta los huevos de mirar al suelo. Enfilo hacia el bar, paso por delante de ellos, sin rodeos, y los dejo atrás. Disculpe caballero... (me paro, cierro los ojos y siento un escalofrío. ¿Me puede enseñar la documentación? Ya me imaginaba, ya. ¡Hombre, si estudias y todo! Ah, que eres músico, vaya, pues yo no tengo ninguna prisa. ¿Y este móvil? Que te lo han regalado. Vamos a hacer unas comprobaciones pero ya te digo que nos vas a tener que acompañar)... se le han caído los guantes.

Éxodo

Teresa Álvarez González

Y entonces, temiendo por la vida de su hijo, lo introdujo en una cesta de papiro y lo envió lejos de allí. Con la esperanza de que navegara a un lugar mejor y no sufriese las penalidades que le amenazaban en su país. Poco después, el pequeño fue hallado sano y salvo y lo llamaron Moisés.

Martita, en primera fila, examina detenidamente la ilustración del libro de texto. Interrumpe tímidamente a la maestra, pues mi papá dice que hizo el viaje dentro de una maleta y su nombre es Adou.

Polisemia

Guillermo Quesada Barriuso

Siempre sonreía cuando veía el horizonte desdibujarse cada cierto tiempo. Los lugareños lo llamaban «calima». Ella lo llamaba «hogar».

Atlas

David Andrés Castillo

El chico agazapado se funde con la madre tierra mientras un buitre amenaza con comerse sus entrañas. Su mirada, negra e indolente, tiene una expresión casi humana. La leyenda dice que Atlas, hijo de Gea, carga con el peso de los cielos entre estertores y gemidos eternos de dolor. Fue el castigo elegido por haber mirado a los ojos a los dioses. Soporta el peso en sus espaldas, pero él es solo un niño que sostiene sobre sus hombros todo un mundo, en el que no ha elegido estar. Hay lugares donde la gloria no espera a los valientes, solo acecha a los hambrientos y ojalá que un día den caza a sus propios buitres.

La dama del bosque

Enrique Andrés Franco

Ella, antes hermosa como un serafín, venida de las profundidades del Bosque Sagrado de Osun, más allá del horizonte, perdió su camino en una noche de hastío. Envidiosa de los pájaros cantores, y cautivada por el leve siseo de la Madre Naturaleza, vio cómo un ser vil como el fuego asfixiante se aparecía frente a ella. De aquella oscura boca brotó un sucio juego de palabras. Ella, oyendo encantada, se arrodilló y besó su mano sellando su destino. La ahora virtuosa doncella, en un claro del bosque, se sentó en el piano maldito; y apoyando sus delicados dedos sobre el fino marfil, tocó la pieza de sus más puros sueños. Y así, absolutamente embelesada, tocó y tocó, y sus dedos ya descarnados, insensibles al dolor, siguieron tocando por siempre.

Réquiem por Nkuati, el Viejo-Sol

Cecilia Rodríguez Bové

Cada mañana, en el instante justo que el sol asoma entre las montañas, el viejo Nkuati repite el mismo ritual: con los brazos en cruz y lágrimas de emoción, da gracias al sol por un día más de luz y calor. Luego abraza a su mujer y se va a faenar al campo. El sol, por su parte, le devuelve su gratitud en forma de energía para el sustento. Ha sido así día tras día, sin faltar uno, desde que el tiempo es tiempo, haciendo que la existencia de Nkuati esté profundamente ligada al sol. A sus no-se-sabe-cuántos años, puede decirse que su ciclo no es vital, sino solar. Tanto que los aldeanos en señal de respeto y admiración, lo llaman «Nkuati, el Viejo-Sol».

Sin embargo hoy sucedió algo terrible. La mañana parecía noche. El sol no salió por entre las montañas como cada día y Nkuati no se despertó. Una densa nube presagiaba lo peor. Su mujer, desesperada, pidió ayuda y un médico local se personó en la cabaña, abriéndose paso entre la oscuridad.

«¿De qué ha muerto?», le preguntaban los aldeanos, a lo que el médico, después de examinar minuciosamente el cuerpo, respondió: «Nkuati ha muerto por la ausencia del sol».

Los allí presentes sintieron que se equivocaba. Incrédulos, se miraron en silencio, convencidos de que todo estaba sucediendo justamente al revés.

Ujamaa
Ujamaa

Anita Haas

Luke y Lucy eran gemelos, mejores amigos y rivales desde su nacimiento. Sus padres, ambos ambiciosos, fomentaron esta rivalidad. También sus abuelos, sus tíos y tías, todos ellos ricos y exitosos. Todos excepto uno, su tío Marcel, la oveja negra de la familia. Nunca le conocieron, pero su hermana, la madre de Luke y Lucy, le describía siempre así: «Es un callejero que vive en lugares abandonados de la mano de Dios. No es responsable y trabajador como nosotros. ¡No tiene ni un centavo a su nombre y ni siquiera le importa!».

La familia renegaba de él. Los padres de los gemelos se separaron. Cuando los niños se hicieron mayores y sus padres fallecieron, empezaron a pelearse por el testamento y se dejaron de hablar. Años más tarde, les llegó una nota en la que se podía leer «Venid a verme, por favor». Y así lo hicieron. Luke y Lucy llegaron al lugar acordado y se miraron el uno al otro con desconfianza. Un hombre les dijo: «Vuestro tío ha fallecido, pero me dejó esto para que os lo diera». Era una talla de ébano de una docena de personas trabajando conjuntamente, ayudándose unos a otros para crear una torre humana. Cada uno de ellos se encargaba de una tarea diferente: unos cocinaban, otros molían, otros cortaban la madera. Los gemelos estaban desconcertados.

«Es una figura ujamaa, hecha por el pueblo makonde del este de África. Representa a la familia y a la comunidad; cada uno trabaja tanto para sí mismo como para el resto». Los gemelos todavía seguían desconcertados. «Sois la única familia que le queda a vuestro tío. No tenía dinero para dejaros, pero esta era su posesión más preciada. Cogedla y volved a ser mejores amigos otra vez».

Luke and Lucy were twins; best friends and rivals from birth. The rivalry was encouraged by their parents; ambitious go-getters, both. By their grandparents too, and their uncles and aunts, all of them rich and successful. Except one; their black sheep uncle, Marcel. They had never met him, but his sister, their mother, described him thus, "Gallivanting around, living in God-forsaken places. Not like us, responsible, hard-working people. Not a penny to his name and doesn't even care!"

The family disowned him. The twins' parents divorced. When they grew up and their parents died, they fought over the will and stopped speaking. Years later a message arrived "Please see me." Luke and Lucy arrived at the pre-arranged place, and looked at each other suspiciously. "Your uncle has died." said the man, "He gave me this to give you." It was an ebony carving of a dozen people, all supporting each other to create a human tower. Each of them was engaged in separate tasks; cooking, grinding, chopping wood. The twins looked perplexed.

"It's an ujamaa figure made by the Makonde people of East Africa. It represents family and community; everyone working for themselves as well as the group." The twins still looked perplexed. "You are your uncle's only family. He didn't have money to leave you. This was his prized possession. Take it and be best friends again".

Firma Invitada

Michelle Tanon-Lora



Escritora marfileña y actual vicepresidenta de la Asociación de Escritores de Costa de Marfil. Como embajadora cultural, ofrece conferencias internacionales sobre temas ligados al género, la cultura o la literatura juvenil. Mujer pluridisciplinar donde las haya, también ha ejercido como directora y coach de empresas, consejera matrimonial y familiar, sexóloga o cronista de radio conocida bajo el pseudónimo de «Dr. Love».

Escribir para volver a vivir en los demás, en aquellos que lean mis cuentos

Es profesora e investigadora en la Universidad Félix-Houphouët-Boigny de Abiyán. Desde 2009, Michelle está centrada en la literatura infantil, sobre todo en los cuentos que ofrecen valores lúdicos y actúan como pasarela hacia el libro.

La muñeca rota

Michelle Tanon-Lora

Sentada debajo del antiguo baobab, miraba la entrada de nuestra casa. Acudían los vecinos y también los amigos del fallecido. Venían a darnos las *yako*¹. Yo no pensaba en nada más que en las últimas palabras que me dijo mi padrastro antes de cerrar los ojos: «Naima, eres un sol. Estoy orgulloso de ser tu padre. Te admiro y te quiero, aunque no te lo haya demostrado mucho...».

Qué asombro para esa chica triste que yo era hasta aquel entonces. Al oír aquellas palabras, mi alma se iluminó. De una luz multicolor que llegaba hasta mi corazón. No tuve tiempo para contestarle a mi padrastro... Cerró los ojos y respiró hondo. Luego, dejó de oírse el ruido ronco que hacía al respirar con tanta dificultad. Y yo, que no pensaba sino en imágenes, dibujé en mi alma a una niña con una muñeca rota, a la que quería más que todo en su vida. Una muñeca con la que compartía todos sus anhelos y también todas sus penas... Y ví una mano enganchada, negra y sucia, probablemente la de la muerte, que arrancó la muñeca de las manos de la niña y se la llevó.

De repente, la niña sintió una pena mil veces más profunda que todas las penas que había vivido y que había confiado a su muñeca rota. Y esa pena era la misma que yo sentía al ver que nadie me hacía caso, porque nadie se había enterado de que a mí también me dolía la muerte de mi padrastro al que quería por no tener ni querer a ningún otro padre.

¹ Palabra polisémica marfileña que sirve para expresar la compasión a alguien que padece de cualquier dolor, físico o moral

La máscara africana

Astrid Ramos Cardona

Entre sus cosas, tan solo había dos libros de navegación a vela, un calendario de restaurante chino de hacía dos años y una máscara africana. En la cocina, algunos botes de especias mediados y una botella de aceite de oliva sin abrir. Poco más. Que yo supiera, él nunca había estado en África, ni siquiera había hablado de ir. Claro que tampoco había dicho jamás una sola palabra sobre el arte de navegar; se mareaba nada más oler el gasoil del ferry.

Pensé en preguntarle cómo había llegado allí esa máscara, pero si hay una herencia segura son las preguntas que se quedan sin respuesta. Me la llevé a casa. Tenía una nariz larga, unos cuernos pequeños curvados hacia atrás y una leve expresión de tristeza resignada. Esa mirada hueca lo había visto morir, allí, solo. Recordé que, alguna vez, había oído decir que las máscaras estaban habitadas y que quien las porta se convierte en una suerte de médium de los ancestros o de otras entidades. La apoyé contra la pared enfrente de mi cama para que me hiciera compañía. Parecía que fuera hablar en cualquier momento, pero no. Lo que sí hizo fue escuchar todas las cosas que nunca llegué a decirle a mi padre. No estoy segura pero juraría que, al día siguiente, las comisuras de aquella boca romboidal estaban, acaso, un poco menos tristes.

Níger

María José López Rodríguez

Solo. En medio de la nada. Cuatro ramas secas, ligeras de ropa y ausentes de color, reinaban aquel paisaje austero. El sol picaba, tanto como lo hacía en algún lugar del individuo que soy, la soledad. Seca, ruda, infecunda. Era incapaz de ver la luz en tremendo paisaje, sin embargo, nunca había estado frente a nada tan espectacular. Unos pocos elementos llenaban de la mejor de las maneras el paisaje. Alguien los tuvo que colocar de ese modo de manera intencionada. De no ser así, no soy capaz de comprender tal desmedida belleza.

El objetivo de la cámara se había quedado igual de ciego que yo. Éramos incapaces de fotografiar el silencio. De haberlo hecho, hubiéramos sido desleales. Níger nos lo daba todo a cambio de nada. Una simple foto carecería de veracidad. La belleza es demasiado sutil para un papel fotográfico.

Contemplación

María Posadillo Marín

Nací en el norte, y mi vida fue un viaje de descenso para descubrir los parajes más hermosos. Heredé de mi madre su pasión por la botánica y de mi padre, la paciencia para aguardar acontecimientos; así, aprendiendo la cambiante naturaleza de los árboles, esperaba hallar mi verdad. La encontré en el alma de una mujer, a la sombra de un haya, en un bosque europeo. Allí eché raíces y me convertí en un fuerte roble. Mis brazos, como ramas, columpiaron a los hijos que llegaron, y permanecí atento a las estaciones. Pero el viento trajo voces de modernidad y se convirtió en huracán, tornando gris el paisaje. El mundo cambiaba alzando muros de indiferencia y la llamada del sur regresó.

Volví a ser nómada y retomé la ruta abandonada, junto a los míos. Cruzamos el mar buscando extensas llanuras y altas montañas, tras las señales del sol y de la tierra árida. Encontré el final del camino a los pies de un baobab. Mi familia contemplaba atónita aquella especie, que parecía sembrada cabeza abajo dejando al aire sus raíces.

—¿Por qué está del revés? —preguntó mi hijo pequeño.

—Ya ni los árboles desean ver lo que estamos haciendo con nuestro mundo y se esconden como un avestruz —bromeó mi esposa.

Solo al llegar la noche y observar el firmamento estrellado, entendí la razón de sus palabras. La mano del hombre lo había alcanzado todo. Era el momento de mirar al cielo y elevar una plegaria.

África

Erick Rodríguez Marrugo

Cansado por la rutina decidió imaginar que el patio de su casa era el Sáhara. Caminó entre dunas de trastos viejos y cuando estuvo exhausto descansó en un oasis. Días después en el baño se sentó en la tina y remó con un par de escobas sobre el caudal del Nilo. Otro día probó suerte escalando su guardarropa, escogió una ladera adecuada para coronar al Kilimanjaro. La semana siguiente se ausentó de la oficina sin dar ninguna razón. El jefe molesto le marcó al teléfono, no hubo respuesta. Algunos compañeros preocupados llegaron en grupo a su casa, como nadie abrió la puerta se asomaron al interior por una ventana. Adentro un atardecer cerrado, un aire de sabana propagando silbidos de anfibios, la risa de las hienas y ese olor a soto de río. Sobre un arbusto un hombre semidesnudo lanzaba flechas a una bandada de pájaros que huían de la lluvia.

¡África suena así!

María José López Rodríguez

Ritmos incesantes, cantos melodiosos, de ensueño, con una atracción especial y definidos por muchos como incomparables. Infinitos cantos acompañados de instrumentos percutidos que poseen una capacidad infalible de hacerte danzar aun estando dormido. Un jeroglífico que no hace falta descifrar porque no hace falta saber su significado para comprenderlo. Un lenguaje universal que seduce y no engaña. Movimientos circulares, casi mareantes, pero cargados de una sensualidad religiosa, de un sabor que toca el fondo de los sentidos, con una amargura dulce, intransigente... Algo así como una sustancia prohibida, pero de cualquier forma, incapaz de matarte. Gritos y gorjeos propios de la fauna más pura que salen de unas gargantas dulces pero rajadas por el tiempo. Modulaciones que se aprecian imposibles en la voz humana, pero tan reales como lo es el continente de los mil sonidos. Es su manera de gritar al mundo, simplemente es África.

Inmersión *Imersão*

Sofia Freire

Intentó regresar a casa, rumbo al sur, pero no podía porque nada era igual. La casa había cambiado de color y el árbol tenía ramas nuevas. Se sentó a su sombra para recordar. ¿La historia? ¿Dónde se habría quedado? ¿En qué cabeza habría resultado olvidada, si ya había vivido tantas vidas? A pesar de todo, durmió allí. En la noche fría y caliente, el corazón era tan grande que se incorporaba al sonido del tambor en el centro de la aldea. Por la mañana se levantó de la capulana en la arena, dejando su propio rastro. Y al atardecer, se alejó hecha serpentina por el mar de plata, después de la amplitud del día. No sabe de qué vida lo recuerda, pero en el momento de sumergirse oía chapoteos y cantos. Eran los niños del pueblo. Y, por fin, llegó.

Tentou voltar a casa, rumo ao sul, mas não podia porque nada era o mesmo. A casa tinha mudado de cor e a árvore tinha novos ramos. Sentou-se à sua sombra para recordar. A história? — Onde teria ficado? E em que cabeça se tinha esquecido, se já tinha vivido tantas vidas? Apesar de tudo dormiu aí. Na noite fria e quente, o coração era tão grande que se incorporava ao rufo do tambor no centro da aldeia. Pela manhã levantou-se da capulana na areia, deixando um rasto de si. E ao entardecer, seguiu feita serpentina pelo mar de prata, de tão largo que foi o dia. Não sabe de que vida recorda, mas no momento do mergulho ouvia-se chapinhar e cantar. Eram as crianças do povo. E por fim, chegou.

Ahora que la vida se me escapa

Ana María Chiquito Román

Ahora que el tiempo es incierto y pasa lento, siento que es cuando más que nunca te extraño... Fuiste arena, fuiste tierra; tierra que abrazaba mis manos cuando de niño jugaba y me tostaba bajo tu piel canela. Fuiste música cuando escuchaba los ritmos africanos de tus tambores que me arrastraban a soñar con gacelas blancas y como amarras me apresaban el alma. Entonces, me hacían volar como las alondras, libres; dejadas al antojo del viento disfrazado de rojizo polvo. Fuiste anhelo y desespero cuando con ataduras trabajaba con esfuerzo y un cielo tímido, sin nubes, me contemplaba ajeno a mis amores y desamores. Fuiste lluvia que caía rara vez precipitada en aguacero y mojaba mi alma por dentro, por fuera, sin prisas. Fuiste mía como tierra, como música, como lluvia y sol. ¡África mía! No te vayas de mi recuerdo, no te pierdas melancólica por mis entrañas. ¡Quédate como huella de mi nostalgia! No te evapores de mis manos, de mis ojos, de mi piel atezada por tu esencia. Sigue viviendo en mí, ahora que la vida se me escapa...

Una vida en un segundo

Alina Daniela Popescu

Quizás esta sea nuestra única charla, por eso me gustaría decirte que te quiero como todos los padres normales quieren a sus hijos: con desesperación y sin límites, con instintos de fiera mezclados con miel de abrazos y aroma de mimos. Te quiero porque sí, tú nada tienes que ver en esto. Debes saber que a veces ella se equivocará contigo, y te empujará hacia metas y sueños que quizás no te pertenezcan, proyectando en ti sus aspiraciones fallidas. Tendréis opiniones diferentes y se obstinará en salirse con la suya y en mostrarte que tiene razón. Pero siempre deseará lo mejor para ti. Compréndela cuando pasen los años y olvide qué se siente la primera vez en vivir. Intentará evitar que te equivoques, pero también le gustará verte dibujar tus propios mapas en la vida, y trazar tus propias sendas, que contemplará con admiración y orgullo desmesurado. Siempre estará allí para todo cuanto necesites. Te hará entrega de nuestros ideales y deseos, y del gran viaje que hizo junto a mí, tu padre. Nunca olvides lo que habrá padecido, pues ella hará por ti más que yo. El mar sigue bramando y su estruendo se entreteje con alaridos sin esperanza. La última gota de oxígeno se va de la mano del último rezo por que la barca endeble y medio sumergida alcance la orilla, y con ella Rashida, tu madre, llevándote en sus entrañas.

Chefchaouen
Chefchaouen
Lukatthehunter

Azul. Eso es todo lo que veo cuando salgo del hotel. Casas, puertas, ventanas e incluso el suelo que piso. Todo es azul, azul como el océano. Frente a mí tengo el lugar más hermoso que he visto nunca. Es una sensación extraña pero acogedora al mismo tiempo. Tengo la sensación de haber estado siempre aquí. Cada sonido, cada fragancia... Cada rincón de este lugar me resulta familiar y agradable.

Habían pasado veinte años desde que me había marchado de esta ciudad. Veinte años olvidando mi pasado, mis orígenes... Olvidando a toda mi familia y viéndome a mí misma como una extraña. Mientras camino por las estrechas callejuelas, los recuerdos comienzan a brotar en mi mente como una especie de sueño lúcido delante de mis ojos. Puedo ver a mi padre tocando el laúd delante de nuestra casa, como solía hacer cada mañana. También puedo ver a mi madre tejiendo coloridos tapices para venderlos en el mercado; la voz de mi abuela llamándome para que fuera a la cocina y el dulce aroma del té caliente con sabor a menta que se cuele por mi nariz.

Delante de mí, veo a una niñita que está de pie. Su pequeña figura está vestida de turquesa y mechones de pelo rizado cubren parte de su carita. Sus profundos ojos marrones me miran con expectación. En su muñeca derecha lleva una fina pulsera de oro. La misma que llevo yo. La conozco. Shadia. La chica que una vez formó parte de este lugar. Yo misma. «Bienvenida a casa», me dijo antes de desaparecer.

Tiene razón, al fin estoy en casa.

Blue. That is all I see once I step out of the hotel. Houses, doors, windows, even the floor where I am standing. Everything is as blue as the ocean. The most beautiful place I have ever seen is in front of me. It is odd yet quite warming at the same time, the feeling that I have always been here. Every sound, every smell... Every place feels familiar and welcoming.

Twenty years have passed since I left this town. Twenty years forgetting my past, my origins, my whole family, becoming a stranger to myself. As I walk through the narrow alleys, memories start to emerge in my mind like some kind of vivid dream right before my eyes. I can see my father, playing the lute in front of our home as he used to do every morning. Also my mother, weaving colourful tapestries to sell at the market. The voice of my grandmother calling me to the kitchen and the sweet smell of the hot mint tea, invading my nostrils.

In front of me is a little girl. Her petite figure all dressed in turquoise standing still, with strands of black curly hair partially covering her small face. Wild hazel eyes, looking in my direction expectantly. And a thin golden bracelet on her right wrist. The same I am wearing. I know her. Shadia. The girl who once was part of this place. Myself. "Welcome home" She says before she disappears.

She is right, I am home.

Firma Invitada

Oswaldo Guerra



Indaga mediante la palabra en la cultura fronteriza en la que le ha tocado vivir: las islas Canarias. Su reflexión ahonda por vías distintas pero complementarias en las señas de identidad de este territorio insular y mestizo situado en África. La vía poética se abre a principios de la década de 1990 con entregas como *De camino a la casa* o *Montaña de Tauro*.

Escribo para reconstruir la realidad y poder dialogar con ella

Desde el punto de vista del ensayo, publica, entre otros, *Senderos de lectura* o *Un modo de pertenecer al mundo*. Su interés por África abarca varios niveles, ya sea como profesor en el Máster de Interculturalidad Atlántica celebrado en Agadir (Marruecos) entre 2010 y 2011, como docente de Literatura Africana en la ULPGC o como coautor del proyecto educativo *Enseñar África*, editado por Casa África y la ULPGC en 2013.

De cómo la kora deconstruye la célebre leyenda de Mali Sadio

Oswaldo Guerra

Mali, el hipopótamo, surge de las aguas del río para jugar con los niños y proteger a la población. Allí conoce a una mujer embarazada con la que llega a un pacto: cuando nazca su hija, que se llamará Sadio, él la protegerá durante toda su vida. Cuando Sadio crece, Mali se enamora de ella, hasta que un fatídico día un cazador da muerte al animal. En la ciudad de Bafulabé hay un monumento dedicado al hipopótamo, que representa la amistad entre el animal y las personas. La palabra Mali habla directamente con la palabra Malinké y así se explica el origen de este pueblo. Mali, en bambara, significa hipopótamo.

Mali, el hipopótamo negro de Bafulabé, que tiene las patas y el hocico blancos, se enamora de la chica Sadio. ¿El nombre de ella tiene que ver con la pureza? Un colono o soldado francés llamado Cauchon —¿qué irónica resonancia fonética!—, celoso del amor que la joven siente por el hipopótamo, asesina vilmente al animal. Bafulabé es el lugar en que se revuelven las aguas claras y las oscuras de dos ríos, y eso es lo que significa ese nombre.

Mali Sadio (¿un solo ser, indivisible ya?) se siente atraído por una bella chica que va a lavar su ropa a orillas del río. Para poder enamorarla, su espíritu adopta la forma de un hipopótamo cuando sale del agua. ¡Estos animales ahuyentan a los cocodrilos, por lo que no son sospechosos! Pero por un descuido, imprudencia o algo así, la chica revela el secreto a un joven extranjero que, finalmente, mata al animal.

Una mañana, en la ciudad gambiana de Bakau, conozco al jeli Sainey Jorbateh, natural de Brikama (desde aquí le mando un saludo afectuoso). Tañe una kora que, melancólica y entrecortada, acompaña

a su voz dulce, que poco a poco me parece que resuena desde más allá del tiempo. Canta en mandinka sobre un tal Mali Sajo. Podría querer decir esto:

*¡Oh Mali Sajo, cuánto te echamos de menos!
Hipopótamo de Baa Fula Beng.
Si hubiera sabido que nuestra amistad iba a terminar así
mejor habría sido no conocernos.*

Según el amable Jorbateh, aunque las mujeres no tocan la kora, sí suelen acompañar con su voz al jeli para cantar esa leyenda maravillosa.

Todas las versiones que se cantan son verdaderas, pero no dejan de ser fragmentos de un todo que jamás conoceremos.

Ahora te toca a ti construir su sentido.

El miedo de Mareme *La peur de Mareme*

Mousse M. Yague

La vida de Mareme es como la vida de cualquier otra joven, independientemente del color de su piel o la riqueza de su familia, pero no su lugar de nacimiento. Mareme tuvo la mala suerte de nacer en Noflaye, un pequeño pueblo en los bajos fondos de un país africano. Desde muy joven, soñaba con volar lejos de su pequeño pueblo hacia los mundos fantásticos que imaginaba en los cuentos. Pero un día, a la edad de diecisiete años, mientras entraba a estudiar a la escuela de su pueblo, hizo un terrible descubrimiento. Corría el rumor de que la matrona Ngongé se llevaba a las jóvenes a una cabaña misteriosa y las sometía a un extraño ritual. Se enteró de que todas las jovencitas de su edad debían hacerlo o estarían malditas y su familia y sus padres serían aislados como parias. A su edad, Mareme estaba dotada de una belleza poco común. Era muy curiosa y quería saberlo todo. Un día, su madre le contó la triste realidad. Le dijo que del mismo modo que los chicos del pueblo se circuncidan para convertirse en hombres, las chicas debían hacerse una ablación para ser mujeres deseadas. Después de ese día, Mareme perdió la sonrisa. Ya no jugaba, ya no salía. Tenía miedo.

La vie de Mareme peut être la vie de toute jeune fille, quelque soit la couleur de sa peau, la richesse de sa famille, mais pas son lieu de naissance. Mareme a eu la malchance de naître à Noflaye, un petit village retiré dans les bas-fonds d'un pays africain. Depuis très jeune, elle rêvait de voler loin de son petit village vers les mondes fantastiques qu'elle s'imaginait dans les contes. Mais un jour, à l'âge de sept-ans, lorsqu'elle

entra à étudier à l'école de son village, elle fit une découverte horrible. La rumeur courait et on disait que la matrone Ngoné enlevait les jeunes filles pour les amener dans une hutte mystérieuse et les soumettait à un rituel bizarre. Elle apprit que toute jeune fille de son âge devait le faire ou serait maudite et sa famille et ses parents isolés comme des parias. À son âge, Mareme était élancée et d'une beauté rare. Elle était très curieuse et voulait tout savoir. Un jour, sa mère lui conta la triste réalité. Elle lui dit que comme les jeunes garçons du village qui se circoncisent pour devenir des hommes, les jeunes filles devaient s'exciser pour devenir des femmes convoitées. Depuis ce jour, Mareme perdit le sourire. Elle ne jouait plus et ne sortait plus. Elle avait peur.

Requiescat in pace en Somalia

José Luis Valle

Sesenta segundos duró la fulminante emboscada. Porque en Somalia las emboscadas están en competencia con los relámpagos. Reconocibles: seis piernas, nueve cabelleras, quince botas, un fragmento de mapa, catorce brazos y medio, veinte fusiles de asalto, dos credenciales de sargentos boinas verdes y un manual *counter insurgent*. No tan reconocible: una estampa de un «santo» expedicionario. En un nido de codorniz, dos pichones aplastados, con sus piquitos abiertos, listos para el succulento almuerzo que mamá codorniz estaba por repartirles. Desde un florido árbol de sicomoro, y sin aliento para reaccionar, mamá codorniz observaba atónita. En su pico tembloroso, un gusano medidor se estiraencogía y contorsionaba, intentando en vano medir causas y consecuencias; recurriendo luego a pedir auxilio en verso rimado, también sin éxito. Volvió a contorsionarse y estiraencogerse aterrorizado, terminando por medir con exactitud matemática el enigmático y nunca saciado aparato digestivo de mamá codorniz. Expresé mi sentido pésame a la invertebrada y apesadumbrada familia lumbricus anélida oligoqueta. Semejante esperpento aderezado con el cotidiano realismo mágico africano, acaeció a las puertas de Mogadiscio. Fui presencial y privilegiado testigo.

Diálogo

Anatolia

Diálogo Oreja no pasa cabeza, dijo el abuelo y se alejó renqueando. Con los puños cerrados sobre la mesa, el nieto se contuvo y la nube oscura que velaba sus ojos inició un peligroso descenso hacia el centro del pecho. La abuela, aún de espaldas, percibió su turbación. Era preciso alejar la tormenta de los dominios de Obbatalá. Secó sus manos en el delantal y se aproximó. ¿Por qué abuelo dice esas cosas? La anciana suspiró. Ya no tenía fuerzas para intentar vencer aquel antiguo grillete. Vivimos en un mundo de blancos, mi'jo. Pero la esclavitud fue abolida hace más de un siglo, protestó el muchacho. Justo lo que tarda Oshún en darse un baño de río, precisó ella, acariciándole la frente. ¿Acaso no sabes que cien años de historia son apenas dos segundos en la conciencia colectiva? Pensaba que éramos un país distinto. Lo somos; pero no porque no tengamos los mismos problemas. Solo lidiamos con ellos de otra manera. A veces siento ganas de pelear. Entonces pelea, pero no con las armas de Oggún. Si te ves y sientes orgullo, ya es una victoria.

Un viaje de más de catorce kilómetros

Gabriel Pérez Martínez

Cuando caímos al agua y aquella fatídica ola arrancó a Najma de mis brazos, el estrecho se fue ensanchando hasta transformarse en un vacío infinito que engulló mi instinto de supervivencia.

Vencejos de esperanza

Juan José Ruiz Centeno

—Abuelo, cuando eras pequeño, ¿te gustaba el verano?

—Hija, el verano es la estación de los cambios. Con el verano llegan las cosechas, los festejos, las esperanzas. El verano siempre representa la esperanza. La esperanza de que los frutos de tu trabajo de un año se materialicen y de que la alegría que ello trae dure para siempre. Por eso los corazones humanos viven una alegría inconsciente de sentir cómo va llegando. Y el primer susurro del verano nos llega con los vencejos. ¿Los conoces? Esos pajarillos incansables que, a medida que el calor estival llega a nuestras tierras, dejan sus refugios africanos para llenar nuestro aire de sonidos musicales inconfundibles. Por eso, hija mía, sin pensarlo, cuando oímos a los vencejos, sin ser conscientes de ello, se nos alegra el espíritu.

—Abuelo, entonces, ¿lo que viene de África en verano siempre es bueno?

—Lucía, los vencejos que vienen de África nos indican la llegada de la alegría y esperanza del verano. Pero mucha gente no se da cuenta de que, en realidad, todo lo que llega de África nos debería hacer sentir la esperanza y la alegría de algo, un continente, que tiene toda la vida por delante, y que nos ofrece ilusiones de un mundo mejor. Mira, Europa es como un anciano, como yo. Y los ancianos necesitamos que vengáis los espíritus jóvenes como tú a vernos. Nos daís la vida. Pues eso.

Gran república bananera

Alberto Bascónes

Unos monos nos gobiernan. Empezaron robando ropa de las maletas del aeropuerto de Yaundé, y hasta entonces todo parecía inofensivo, gracioso incluso. Dónde se había visto un chimpancé vestir de Armani o un gorila con vestidito de verano al viento. Luego empezaron los afeitados, los paseos por la ciudad, las miradas altivas, las aspiraciones. La diáspora. Claro que todo ahora son meras especulaciones, porque hace aproximadamente doce años se les perdió de vista. Muertos, dicen unos, de vuelta en la selva, otros. Se sospecha que en algún momento empezaron a robar pasaportes, visados y billetes, y que muchos empezaron a surcar los aires como monos libres.

Lo cierto es que yo creo que nos gobiernan, y lo hacen tan bien que no nos damos o no nos queremos dar cuenta.

El faro

José Luis Muñoz Armijo

Siempre he vivido en estos maravillosos acantilados. El lugar donde el frío océano Atlántico se funde con el caliente océano Índico. El mismo donde ballenas australes pasean frente a playas blancas. Pero no siempre he sido tan feliz. Antes de instalarme en el faro, mi tiempo se consumía en soledad. Permanecía todo el día al borde del mar, oteando el horizonte. En ocasiones, en la lejanía, observaba una columna de humo perteneciente a algún barco mercante. En otras, las velas al viento de los barcos de recreo se confundían con las nubes. La ansiedad se adueñaba de mí. A millas de distancia la vida transcurría sin adivinar mi presencia. Sin embargo, ahora, los marineros, como insectos atraídos por el potente foco, buscan la cercanía de la costa. Cuando están frente a mí solo tengo que entonar mi dulce canto de sirena para apresarlos en el Cabo de la Muerte.

Tengo una novia ancha

Andrés Riveras

¿Querés saber cómo es Mozambique? Mágico: es, posiblemente, el único lugar en el mundo donde si te meas encima, pegas novia. Interesante. Estás de paso por Tofo. Te tomas un *bondi* tipo urbano hacia la ciudad de Inhambane: una hora. Subís con ganas de ir al baño pero el bus no espera. A los veinte minutos te paras del asiento. Es una vieja técnica (anterior a la invención del colectivo; incluso de la rueda). Tratas de pensar en otra cosa, pero no te sale. Saltas del *bondi* en medio de la nada, y cuando caes al suelo el contenido corre por tus piernas. Un último —y simbólico— gesto termina de vaciar tu vejiga sobre un arbusto mientras ves a los pasajeros asomarse por la luneta del bus y unas niñas a la distancia se agarran sus estómagos de la risa.

Caminas por el costado de la ruta hasta dar con una casita hecha, como casi todas, de paja. Pedís agua «para tomar», pero la mentira tiene patas cortas (y meadas). Al cabo de una media hora de charla en portugués y fotos, deberías ponerte en marcha. Después de todo, tu destino es otro. Pero llega Ancha y las cosas siguen su curso. Ancha Tajú es la vecina. Tomanos una foto, Felipe, dice. Felipe, el dueño de casa, accede. No parece fácil decirle que no a Ancha. La foto sale bien. Tengo pasaporte, me cuenta. ¿Me llevas contigo a Argentina? Hay que aprender a decir no.

Tarde en Wadi Sora

Juan José Montiel Gálvez

¿Crees que de verdad nadaban?, me preguntas. Alzo la vista a la pared de piedra, la superficie abovedada de la cueva, mientras sigo notando tus ojos posados sobre mí, esperando una respuesta. Desde luego, es lo que parece. Allí, a tantos cientos de kilómetros del mar, decenas de ocres figurillas ondean pies y manos, como lo harían, tal vez, aquellos primitivos nadadores... Te has adelantado, eres como un fino minarete, liviana alegoría de azabache. Es tarde, apenas queda luz, pero te acercas y miras las figuras. Sí, nadaban, dices.

Cuando era pequeña, en Chad, olía siempre el agua antes de que lloviera, también en el arroyo de Djierja, muy lejos de mi casa. Ellos también la olían, me confiesas. Lo mismo que Abu Ramla. Desde fuera los guardias de Wadi Sora nos llaman y advierten de que no toquemos nada. Hay trozos arrancados y grafiti, que a buen seguro no son obra de Almásy ni de la expedición Frobenius. Siento en tus ojos un punto de nostalgia. Barruntas, casi, una cascada, el rumor lejano de Zorzura, el oasis de los pájaros, el sosegado rumiar de antílopes y oryx.

De vuelta, recostada sobre mi hombro tu cabeza, parecen filtrarse sobre mí tus pensamientos. De pronto enderezas tu cuello lentamente y me miras con tus ojos color café romano. Quiero volver. ¿A dónde?, digo. A Yamena. Quiero escribir de esto. Es demasiado bello. Tengo que contarlo.

Publicación

Edición

Casa África, abril de 2016

Coordinación

Estefanía Calcines Pérez

Traducción

De *Furia*, Antonio Lozano, Loli Betancor y Christine Ortega

De *Leïla*, Anya Tanit Álvarez, Loli Betancor y Christine Ortega

De *Inmersión y Abrazo Criollo*, María Felisa Rodríguez Prado

De *Chefchaouen y Ujamaa*, Alejandra Henríquez

De *Los tiempos malditos* y *El miedo de Mareme*, Laura Velázquez

Diseño y maquetación

Mario Muñoz Fernández

© De la edición, Casa África

© De los textos, sus autores



CASA ÁFRICA

África y España, cada vez más cerca

Calle Alfonso XIII, 5, 35003 Las Palmas de Gran Canaria

+34 928 432 800 / www.casafrica.es / info@casafrica.es

Con el apoyo de:



canaima

